

sobre el cambio de marcha, y la otra agarrada al silbato, sin que se diese cuenta de ello, esperaba. Y la Lisón, echando humo con ronceo resoplido en aquel rugido agudo que no cesaba, vino á dar contra el carro con el peso enorme de los trece vagones que arrastraba.

Entonces, á veinte metros de ellos, desde el borde de la vía en que les clavaba el espanto, Misard y Cabuche con los brazos en el aire, y Flora con la mirada ensanchada, vieron ponerse el tren de pie, subir siete vagones unos sobre otros, y recaer luego con abominable crujido, en medio de una confusión de pedazos. Los tres primeros estaban hechos mías y los otros cuatro formaban una montaña, un embrollo de techumbres hundidas, de ruedas destrozadas, de portezuelas, de cadenas, de topes, en medio de pedazos de cristal. Pero sobre todo se oyó el triturarse la máquina contra las piedras, un magullamiento sordo terminado en un grito de agonía. La Lisón, con el vientre abierto, cayó á la izquierda por encima del carro; en tanto que las piedras, hendidas, volaban hechas añicos, como despedazadas por dinamita; de los cinco caballos, cuatro, arrastrados, arrollados, quedaron muertos en el acto. La cola del tren, seis vagones aún intactos se detuvieron, sin siquiera salirse de los rails.

Pero se oyeron gritos, llamadas, cuyas palabras se perdían en alaridos inarticulados de animal.

—¡A mí! ¡Socorro!.... ¡Dios mío!..... ¡me muero!

¡socorro! ¡socorro! Ya no se oía, no se veía nada. La Lisón, caída sobre los riñones, con el vientre abierto, perdía su vapor, saliendo éste por grifos arrancados; los tubos, reventados, lanzaban gemidos profundos, cual estertor furioso de gigante. Un aliento blanco salía de la máquina, inagotable, rodando en espesos torbellinos que rozaban el suelo; y del hogar, las brasas caídas, rojas como la sangre misma de sus entrañas, añadían á aquellos torbellinos su negro humo. La chimenea, por la violencia del choque, entró en la tierra; en el sitio en que dió el golpe el marco se rompió, torciendo las tiras de acero; y con las ruedas en el aire, semejante á una yegua monstruosa, derribada y despanzurrada por alguna cornada formidable, enseñaba la Lisón sus bielas torcidas, sus cilindros quebrantados, sus volantes con sus excéntricos rotos; toda una llaga espantosa abierta en plena luz, por donde continuaba saliendo el alma con estruendo de furiosa desesperación. Justamente á su lado, el caballo que no había muerto yacía también, con las manos arrancadas, saliéndosele asimismo las entrañas por una desgarradura de su vientre. Con la cabeza erguida, convulso por un espasmo de espantoso dolor, se le veía quejarse con un relincho terrible que no se oía, en medio del estruendo de la máquina que agonizaba.

Los gritos se ahogaron, ignorados, perdidos, desvanecidos.

—¡Salvadme! ¡matadme!.... ¡Sufró mucho, matadme! ¡pero matadme en seguida!

En aquel tumulto ensordecedor, en aquel humo que todo lo cubría, las portezuelas de los coches que quedaron intactos acababan de abrirse y una ola de viajeros se atropellaba fuera. Caían sobre la vía, se levantaban, se desasían unos de otros á puntapiés y á puñetazos. Y cuando sentían la tierra firme, el campo libre delante de ellos, huían al galope saltando el seto vivo, cortando por los surcos, cediendo al único instinto de verse lejos del peligro, lejos, muy lejos. Mujeres y hombres vociferando, espantados, se perdieron en el fondo de los bosques.

Derribada, atropellada, despeinada y con el vestido hecho trizas, Severina acabó por verse libre y no huía, galopaba hacia la máquina, que continuaba bramando, cuando se encontró enfrente de Pecqueux.

—¡Santiago, Santiago! Se salvó, ¿verdad?

El fogonero, que por milagro se había salvado, acudía también, con el corazón oprimido por un remordimiento, al pensar que su maquinista estaba allí debajo. ¡Habían viajado tanto, habían pasado tantos malos ratos bajo la continua fatiga de los vendavales! ¡Y su máquina, la pobre máquina de ambos, la buena amiga tan querida, continuaba allí, desriñonada, saliéndole todo el aliento de su pecho por sus pulmones destrozados!

—Yo salté—balbuceó—no sé nada.... ¡Vamos, vamos pronto!

Cerca de la máquina tropezaron con Flora que les veía venir. No se había movido aún,

llena de estupor por aquel acto ejecutado, por aquella matanza, obra suya. Ya se había acabado como ella quería; y no sentía más que el alivio de una necesidad, sin ninguna lástima por el mal de los otros, mal que ni siquiera veía. Pero cuando reconoció á Severina su mirada se ensanchó considerablemente, una sombra de horrible sufrimiento obscureció su semblante pálido. ¡Cómo! ¡aquella mujer vivía, cuando él, ciertamente, había muerto! En aquel dolor agudo de su amor asesinado, aquella puñalada que se había dado en la mitad del corazón, tuvo la brusca conciencia de la abominación de su crimen. ¡Ella había hecho aquello, ella le había matado y había matado á toda aquella gente! Un grito terrible desgarró su garganta, retoreió sus brazos, corriendo enloquecida.

—Santiago ¡oh! Santiago.... Está ahí, ha sido lanzado hacia atrás, le he visto.... ¡Santiago, Santiago!

La Lisón agonizaba con menos ruido, con un quejido ronco que se debilitaba, en medio del cual oíase ahora crecer, cada vez más desgarrador, el clamoreo de los heridos. Sólo el humo permanecía espeso; el enorme hacinamiento de restos de donde salían aquellas voces de tortura y de terror, parecía envuelto en un polvo negro, inmóvil, bajo la luz del sol. ¿Qué hacer? ¿Por dónde principiar? ¿Cómo llegar hasta aquellos desgraciados?

—¡Santiago!—continuaba gritando Flora.—

Les digo á Uds. que ha sido lanzado por ahí, bajo el ténder.... ¡Pero vengan ustedes! ¡Ayúdenme!

Ya Cabuche y Misard acababan de levantar á Enrique, el conductor jefe, quien en el último instante también había saltado. Se había dislocado el pie, y le sentaron en el suelo, contra el seto, desde donde atontado, mudo, estuvo mirando retirar heridos, sin dar señales de sufrimiento.

—¡Cabuche, ven á ayudarme, te digo que Santiago está ahí debajo!—gritó Flora.

El cantero no oía, corría á socorrer á otros heridos, llevándose á una mujer joven cuyas piernas colgaban, rotas por los muslos.

Y Severina fué quien se precipitó para ayudar á Flora.

—¡Santiago, Santiago!.... ¿En dónde es? Yo la ayudaré.

—¡Sí, sí, ayúdeme usted!

Sus manos se encontraron y juntas tiraban de una rueda hecha pedazos. Mas los dedos delicados de la una nada conseguían, en tanto que la otra, con su robusto puño, derribaba los obstáculos.

—¡Cuidado!—dijo Pecqueux, que también se ponía á trabajar.

Con un movimiento brusco detuvo á Severina al ir ésta á pisar un brazo, cortado por el hombro, vestido aún con una manga de paño azul. Retrocedió horrorizada, y eso que no reconocía la manga: era un brazo desconocido, arrollado allí, arrancado de un cuerpo que encontrarían sin

duda en otro sitio. Y le dejó aquello tan temblorosa, que quedó paralizada, de pie, llorando y mirando trabajar, incapaz siquiera de quitar los pedazos de vidrio que cortaban las manos.

Entonces el salvar á los moribundos y el buscar á los muertos revistió suma angustia y peligro, pues el fuego de la máquina se había comunicado á piezas de madera, y fué preciso apagar aquel principio de incendio, echando paladas de tierra. Mientras corrían á Barentín para pedir socorro, y en tanto que enviaban un telegrama á Rouen, desembarazábase la vía con la mayor actividad posible; todos los brazos ayudaban con gran valor. Muchas de las personas que se habían escapado, volvieron avergonzadas de su pánico.

Pero adelantaban con infinitas precauciones; cada pedazo que había que quitar requería grandes cuidados, pues temían acabar de matar á los desgraciados sepultados allí debajo, si se producían desmoronamientos.

Heridos asomaban en aquel hacinamiento, hundidos hasta el pecho, apretados allí como en un torno, dando alaridos. La gente empleó un cuarto de hora en sacar á uno que no se quejaba, pálido como la cera, diciendo que nada tenía, y que nada le lastimaba; y cuando salió de allí le faltaban las piernas y falleció en seguida, sin haber notado ni sentido aquella horrible mutilación en medio de su espanto. Toda una familia salió de un coche de segunda que ya estaba ardiendo; el padre y la madre estaban heridos en las

rodillas la abuela tenía un brazo roto; pero tampoco ellos sentían su mal; sollozaban, llamando á su niñita, que había desaparecido, una rubeja de tres años, á la que encontraron debajo de un resto de coche, ilosa, con la cara alegre y risueña. Otra niña, pero cubierta de sangre, con sus manecitas magulladas, y á la que habían colocado aparte, mientras descubrían á sus padres, permanecía solitaria, desconocida y tan ahogada que no profirió palabra alguna. Poníasele la cara convulsa por indecible terror, no bien alguien se acercaba á ella.

No se podían abrir las portezuelas, cuyas armaduras de hierro había retorcido el choque, era preciso bajar á los compartimentos por los cristales rotos. Ya cuatro cadáveres estaban colocados uno al lado del otro, en el borde de la vía. Unos diez heridos tendidos en el suelo, junto á los muertos, esperaban la asistencia de un médico, ó la llegada de un socorro. Apenas empezaban á libertar la vía, recogían de nuevo los que hacían este trabajo una nueva víctima bajo cada escombros; el montón no parecía disminuir, chorreando y palpitando por aquella carnicería humana.

—¡Pero cuando les digo á ustedes que Santiago está ahí debajo!—repetía Flora aliviándose con aquel grito obstinado que arrojaba sin tener conciencia de sí misma.—¡Está llamando, mire usted, mire Ud., escuche Ud.!

El tónder estaba cogido bajo los vagones, los cuales, subidos unos encima de otros, se habían

desmoronado luego sobre él; y en efecto, desde que la máquina agonizaba con estertor menos ruidoso, oíase rugir bajo aquella montaña una gruesa voz de hombre. A medida que avanzaban, el clamoreo de aquella voz de agonía era más fuerte, y anunciaba tal dolor que los trabajadores no podían ya sufrirla, llorando y gritando ellos también. Por fin, al coger al hombre cuyas piernas acababan de desprender de allí, el rugido de sufrimiento cesó. El hombre había muerto.

—No—dijo Flora—no es él. Está más hondo, está ahí debajo.

Y con sus brazos de guerrera levantaba las ruedas, las echaba lejos, retorcía el zinc de las techumbres, rompía portezuelas y arrancaba pedazos de cadena. En cuanto encontraba un muerto ó un herido, llamaba para que lo quitaran de en medio, no queriendo detenerse ni un segundo en sus pesquisas obstinadas.

Detrás de ella Cabuche, Pecqueux y Misard trabajaban, en tanto que Severina, cansada por estar así de pie, sin poder hacer nada, acababa de sentarse sobre el asiento destartado de un vagón. Pero Misard, siempre flemático, dulce é indiferente, se evitaba las grandes fatigas y ayudaba sobre todo á transportar los cuerpos. También él, como Flora, miraba los cadáveres como si esperase reconocerlos en medio de la ola de miles y miles de caras que en diez años había desfilado á todo vapor delante de ellos, sin dejarles más que el recuerdo confuso de una muchedumbre traída y llevada en un relámpago.

¡No! era la misma ola desconocida del mundo en movimiento; la muerte brutal, accidental, permanecía anónima como la vida presurosa cuyo galope pasaba por allí yendo hacia el porvenir; y no podían poner ningún nombre, ningún dato preciso sobre las cabezas destrozadas por el horror de aquellos miserables caídos en el camino, pisoteados, aplastados, semejantes á esos soldados cuyos cuerpos colman las zanjas ante la carga de un ejército que toma una posición por asalto. Sin embargo, Flora creyó reconocer el cadáver de uno á quien ella había hablado el día del tren perdido en la nieve; aquel americano, cuyo perfil acababa por conocer familiarmente sin saber su nombre ni nada de él ni de los suyos. Misard le llevó con los demás muertos, venidos no se sabía de dónde, detenidos allí al ir no se sabía á qué sitio.

Después hubo todavía un espectáculo desgarrador. En la caja volcada de un compartimento de primera, acababan de descubrir un joven matrimonio, recién casados, sin duda, echados uno contra otro, y tan desgraciadamente, que la mujer aplastaba al hombre debajo de ella, sin que la fuera posible hacer movimiento alguno para aliviarle. El se ahogaba, agonizando casi, mientras que su mujer, con la boca libre, suplicaba desesperadamente que se apresurasen, loca de terror, con el corazón desgarrado al ver que ella era quien mataba á su marido. Y cuando por fin les socorrieron, ella fué quien, de repente, espiró, agujereado el flanco por un tope. El hombre,

vuelto en sí, clamaba lleno de dolor, arrodillado junto á ella, cuyos ojos habían quedado llenos de lágrimas.

Llevaban extraídos doce muertos y más de treinta heridos. Poco á poco lograban desasir el tender, y Flora, de tiempo en tiempo se detenía, y hundía su cabeza entre la madera hecha astillas y los hierros retorcidos, registrando ardentemente con la mirada para ver si daba con el maquinista. Bruscamente arrojó un grito muy grande.

—Le veo, está ahí debajo..... ¡Miren! es su brazo con su chaqueta de lana azul..... Y no se mueve, no respira.....

Flóra se irguió y juró como un hombre.

—Pero ¡Dios de Dios! ¡Dense prisa, sacarlo de ahí debajo!

Con las dos manos trataba de arrancar un solado de coche, enganchado en otros restos. Entonces corrió y volvió con el hacha que servía para hendir la leña en casa de los Misard, y allí, cual leñador blandiendo su hacha en medio de un bosque de robles, atacó el solado con una lluvia de golpes. Se apartaron, dejándola y gritándole que tuviese cuidado.

Pero no quedaba más herido que el maquinista, protegido por una especie de trabazón de ejes y de ruedas. Además, ella no escuchaba, animada por un arranque irresistible. Derribaba la madera; cada uno de sus golpes hacía desaparecer un obstáculo. Con sus cabellos rubios sueltos, su corpiño roto, enseñando sus brazos

desnudos, parecía una terrible segadora, abriéndose paso entre aquella destrucción que era obra suya.

Un último golpe sobre un eje partió el hierro del hacha. Ayudada por los demás, separó las ruedas que habían protegido al joven contra una muerte segura, y Flora fué la primera que le cogió, llevándole en sus brazos.

—¡Santiago, Santiago!..... Respira, vive. ¡Ah! ¡Dios mío, vive!..... ¡Bien sabía yo que le había visto caer y que estaba ahí!

Severina, loca de júbilo, la seguía. Entre las dos le depositaron junto al seto al lado de Enrique, el cual, estupefacto, continuaba mirando, sin parecer comprender en dónde estaba y qué era lo que hacían en torno suyo.

Pecqueux, que se había acercado, quedaba de pie mirando á su maquinista, trastornado al verle en tan triste situación; las dos mujeres, arrodilladas ahora, una á la derecha y otra á la izquierda, sostenían la cabeza del desgraciado, acechando con afán los más insignificantes movimientos de su semblante.

Por fin Santiago abrió los párpados. Sus miradas turbias se fijaron sobre ellas, alternativamente, sin que pareciese reconocerlas. Nada le importaban. Mas al encontrar con su mirada la máquina, espirante, primero se apartó, fijándose luego, vacilando al fin en creciente emoción.

Reconocía á la Lisón y lo recordaba todo; las dos piedras cerrando el paso, la abominable sacudida, aquel aplastamiento que sintió á la

vez en ella y en él; Santiago resucitaba, mientras que la máquina, seguramente, moriría. No tenía la culpa si había sido algo desobediente; pues desde que había enfermado en la nieve, no había consistido en ella su falta de vigor; sin contar con que viene la edad que empereza los miembros y endurece las articulaciones. Así es que la perdonaba de todo corazón, lleno de un inmenso pesar al verla herida de muerte, agonizando.

La pobre Lisón ya sólo duraría algunos minutos. Se enfriaba, las grasas de su hogar caían hechas ceniza, el resoplido que con tanta violencia se había escapado de sus flancos abiertos, terminaba en un débil quejido de niño que llora.

Manchada de tierra y de baba, ella tan reluciente siempre, revolcada sobre la espalda en un charco negro de carbón, tenía el fin trágico de un animal de regalo, muerto repentinamente por un accidente en la calle. En cierto momento pudo verse, por sus entrañas reventadas, funcionar sus órganos, latir los volantes como dos corazones gemelos, circular el vapor en los tubos como la sangre de sus venas; pero las bielas, semejantes á brazos convulsivos, sólo tenían estremecimientos, los últimos esfuerzos de la vida; y su alma se iba con la fuerza que le daba la existencia, aquel aliento inmenso de que no se extinguía por completo. La gigante, con el vientre abierto, se sosegó aún, durmiéndose poco á poco con un sueño muy dulce y acabó por ca-

Harse. Había muerto. El montón de hierro, de acero y de cobre que dejaba allí, aquel coloso triturado, con su tronco hendido, sus miembros dispersos y sus órganos magullados, tirados al suelo, tomaba la espantosa tristeza de un cadáver humano, enorme, de todo un mundo que había vivido y del que acababa de ser arrancada la vida, en medio del dolor.

Entonces Santiago, comprendiendo que la Lisón ya no existía, volvió á cerrar los ojos deseando morir también él, y tan débil además, que creía exhalar su alma con el último é imperceptible suspiro de la máquina; y de sus párpados cerrados lágrimas lentas corrían ahora inundando sus mejillas. Aquello fué demasiado para Pecqueux, que había permanecido allí inmóvil, con la garganta apretada. La buena amiga de ambos se las guillaba, y hé ahí que su maquinista quería seguirla. ¿Con que ya se había acabado esa estrecha amistad de los tres? ¡Ya no más viajes en los que subidos sobre sus lomos, andaban cientos de leguas sin decir una palabra, y sin embargo, entendiéndose tan bien los tres, que ni una señal necesitaban hacer para comprenderse! ¡Ah! ¡La pobre Lisón, tan dulce en medio de su fuerza, tan hermosa cuando relucía al sol! Y Pecqueux, que sin embargo no había bebido, estalló en sollozos violentos que sacudían su gran cuerpo, sin que pudiese detenerlos.

También Severina y Flora se desesperaban, inquietas por aquel nuevo desmayo de Santiago.

Esta última corrió á su casa, y volviendo con alcohol alcanforado, se puso á friccionar al joven para hacer algo.

Pero las dos mujeres, en su angustia, estaban aún exasperadas por la agonía interminable del caballo, único de los cinco que sobrevivía con las manos arrancadas. Yacía junto á ellas con un relincho continuo, un grito casi humano, tan subido y tan doloroso, que dos heridos, ganados por el contagio, se pusieron ellos también á dar alaridos como bestias. Nunca grito de muerte había desgarrado el aire con quejido tan profundo, inolvidable, que helaba la sangre.

La tortura era atroz, voces temblando de piedad y de cólera se enfurecían, suplicando que acabasen de matar aquel miserable caballo que tanto sufría, y cuyo estertor sin fin, ahora que la máquina había muerto, era como el último lamento de la catástrofe. Entonces Pecqueux, que continuaba sollozando, cogió el hacha rota y de un sólo golpe en pleno cráneo lo dejó muerto. Y sobre el campo de degüello se produjo el silencio.

Los socorros llegaban, por fin, después de dos horas de angustia. En el choque del encuentro, los coches fueron todos lanzados á la izquierda, de manera que la vía descendente iba á quedar libre al cabo de algunas horas. Un tren de tres vagones, arrastrado por una máquina piloto, acababa de traer de Rouen al jefe del gabinete del prefecto, al procurador imperial, á ingenieros y á médicos de la compañía,

toda una ola de personas azaradas y presurosas, y ya el jefe de estación de Barentin, el señor Bessiere, estaba allí con una escuadrilla, principiando los trabajos. Una agitación, un enervamiento extraordinario reinaba en aquel rincón de país perdido, tan desierto y tan mudo en tiempo normal. Los viajeros que habían salido ilesos conservaban, de la excitación de su pánico, una necesidad febril de movimiento: unos buscaban coche, aterrorizados con sólo pensar en subir en vagón; otros, viendo que no habrían de encontrar ni un mal carricoche, se preocupaban ya por saber en dónde podrían comer y dormir; y todos pedían una oficina de telégrafos, marchándose varios á pie hasta Barentin á poner sus despachos. Mientras las autoridades, ayudadas por la administración, principiaban una sumaria, los médicos se apresuraban á curar á los heridos. Muchos se habían desmayado en medio de charcos de sangre. Otros, al sentir las pinzas y las agujas, se quejaban con voz débil. Había, en suma, quince muertos y treinta y dos heridos graves. En tanto que se estableciera su identidad, los muertos quedaban en el suelo, en hilera á lo largo del seto, mirando al cielo. Sólo un sustituto, un jovencillo, bajito, rubejo y sonrosado, muy solícito, dándose tono, se ocupaba de ellos, registraba sus bolsillos para ver si papeles, tarjetas ó cartas, guiarían para roturarlos á cada uno con un nombre y con su dirección. Mas en torno suyo se formaba un círculo atontado; pues aunque no había casa en una legua á la redonda,

muchos curiosos acudieron, no se sabía de dónde, eran unos treinta, hombres, mujeres y niños, que estorbaban sin ayudar á nada.

Y como ya el polvo negro, el velo de humo y de vapor que todo lo envolvía se había disipado, la radiante mañana de Abril triunfaba por cima del campo de degüello, bañando con la lluvia dulce y alegre de su claro sol, á los moribundos y á los muertos; veíase la Lisón con el vientre abierto, y el desastre de los escombros hacinados, retirados poco á poco por la escuadrilla de trabajadores, semejantes á insectos, que se ocuparan en reparar los destrozos hechos en su hormiguero por el puntapié dado por un transeunte distraído.

Santiago continuaba desmayado, y Severina había detenido á un médico á tiempo que pasaba, suplicándole que le examinara. El médico no encontró ninguna herida aparente; pero afirmó que Santiago tenía lesiones interiores, pues negros hilillos de sangre asomaban á sus labios. No pudiendo pronunciarse todavía el pronóstico, aconsejaba el médico que se llevasen al herido lo más pronto posible y le instalasen en una cama, evitando toda sacudida.

Justamente, al sentir las manos que le pegaban, Santiago abrió de nuevo los ojos con un ligero grito de sufrimiento; y esta vez reconoció á Severina, y balbuceó en su desvarío:

—¡Llévame, llévame!

Flora se había inclinado, pero al volver la cabeza, el joven la reconoció á ella también. Las

miradas de Santiago expresaron el espanto de un niño y se apoyó sobre Severina, en una sacudida de odio y de horror, repitiendo:

—¡Llévame enseguida, enseguida!

Entonces ésta le preguntó, tuteándole también, sola con él, pues ya no contaba con aquella muchacha:

—¿A la Croix-de-Maufras, quieres?..... Si no te molesta, es ahí enfrente, estaremos en nuestra casa.

Y aceptó, temblando todavía, fija sobre Flora la mirada.

—¡Adonde quieras, enseguida!

De pie, inmóvil, Flora había palidecido, bajo aquella mirada de execración y de terror. De modo que aquella matanza de desconocidos y de inocentes, no había conseguido matar á uno ni á otro: la mujer salía tal vez siquiera sin un rasguño; y en cuanto á él, quizás se pusiera bueno, habiendo Flora conseguido únicamente acercarlos uno á otro, echarlos juntos, solo y sola, en el fondo de aquella casa solitaria. Bruscamente los vió instalados allí; el amante curado, convaleciente; cuidándolo cariñosamente su querida, y pagándola luego él sus malos ratos con continuas caricias, ambos prolongando, lejos del mundo, en una libertad absoluta, aquella luna de miel de la catástrofe. Un gran frío helaba á Flora al mirar á los muertos: había matado inútilmente.

En aquel momento, al echar aquella mirada sobre el campo de muerte, Flora miró á Misard y

á Cabuche, á quienes unos señores estaban haciendo preguntas; la justicia seguramente. En efecto, el procurador imperial y el jefe del gabinete del prefecto trataban de comprender cómo aquel carro de cantero estaba cerrando el paso en la vía. Misard sostenía que no se había apartado de su puesto, aunque ningún dato preciso podía suministrar; no sabía realmente nada, decía que estaba vuelto de espaldas, ocupado con sus aparatos.

En cuanto á Cabuche, trastornado aún, contaba una larga historia confusa, por qué había cometido la falta de dejar sus caballos deseando ver á la muerta, y de qué manera habían echado á andar los caballos, viéndose solos, y la joven que no pudo detenerlos. Se enredaba, recomendaba, sin lograr hacerse comprender.

Una salvaje necesidad de verse libre hizo latir de nuevo la sangre helada de Flora. Quería verse libre de sí misma, libre de reflexionar y de tomar una decisión, no habiendo necesitado nunca de nadie para estar en el verdadero terreno. ¿Para qué esperar que la aburriesen con preguntas, encarcelándola quizá? Pues á más del crimen, había una falta de servicio y la harían responsable. Sin embargo, permanecía allí, fija, en tanto que Santiago no se fuera.

Severina suplicó tanto á Pecqueux, que éste se proporcionó una especie de camilla y volvió con un compañero para llevarse al herido. El médico la había decidido á que admitiese también en su casa á Enrique, el conductor jefe,

el cual parecía no haber sufrido más que una conmoción cerebral; estaba atontado. Le llevarían después del otro.

Y al inclinarse Severina para desabrochar á Santiago el cuello que le causaba molestia, le besó en los ojos delante de todo el mundo, queriendo darle valor para que sufriese el traslado hasta la cama.

—No te apesadumbres, seremos felices.

Sonriendo él, la besó á su vez. Y aquello fué para Flora el desgarramiento supremo, lo que la arrancaba de él para siempre. Parecíale que también su sangre corría á borbotones ahora manando de una herida incurable. Cuando se llevaron al joven, ella huyó. Mas al pasar por delante de la casita vió, por los cristales de la ventana, el cuarto de muerte, con la mancha pálida de la vela que ardía en pleno día, junto al cuerpo de su madre.

Durante el accidente, la muerta había quedado sola con la cabeza medio vuelta, abiertos los ojos de par en par, con el labio torcido, como si hubiese mirado hacerse añicos y morir toda aquella gente á quien ella no conocía.

Flora galopó, volviendo en seguida el recodo que formaba la carretera de Doinville, y luego tomó á la izquierda, entre unos matorrales. Conocía cada rincón del país y ya podían venir los gendarmes, si se lanzaban tras ella, que no la cogieran. Así es que cesó bruscamente de correr, continuando al paso, yéndose á un escondrijo en donde gustaba de ocultarse en los días de

tristeza, una excavación por encima del túnel. Alzó los ojos y conoció por el sol que eran las doce. Cuando llegó á su escondrijo, se tendió á la larga sobre la roca dura y quedó inmóvil, con las manos cruzadas detrás de la nuca, reflexionando.

Entonces solamente se produjo en ella un vacío espantoso, la sensación de ser ella ya cadáver le entumecía poco á poco los miembros.

Y no era el remordimiento por haber matado inútilmente á toda aquella gente, pues tenía que hacer un esfuerzo para sentir aquel acto y horrorizarse. Pero ahora estaba cierta de que Santiago la había visto detener los caballos; y esto acababa de comprenderlo al verle retroceder, sintiendo hacia ella la repulsión horrorizada que causan los monstruos. Nunca olvidaría el joven lo que había hecho. Además, cuando se yerra el golpe con los demás, no hay que errarlo consigo mismo. Dentro de un rato se mataría. Ninguna otra esperanza la quedaba; sentía cada vez más la absoluta necesidad de suicidarse. El cansancio y un anonadamiento de todo su ser la impedían únicamente levantarse, buscar un arma y morir. Y no obstante, desde el fondo de la invencible somnolencia que se apoderaba de ella, aún surgía el amor de la vida, la necesidad de ser feliz, un último ensueño; el de ser dichosa ella también, puesto que abandonaba á los otros dos la dicha de vivir juntos, libres. ¿Por qué no esperaba hasta la noche marchándose después con Ozil, que la adoraba, y que

hallaría medio de defenderla? Sus ideas se hacían dulces y confusas, y se durmió con un sueño negro, sin pesadillas.

Cuando Flora despertó, la noche había caído profunda. Aturdida paseó su mano alrededor de ella y recordó de repente, al sentir la roca dura, en dónde estaba acostada. Y fué como el choque del rayo; una necesidad implacable de morir. Parecía que la dulzura cobarde, aquella indecisión ante la vida posible aún, había desaparecido con el cansancio. ¡No, no! sólo la muerte era buena. No podía vivir en medio de toda aquella sangre, con el corazón arrancado, aborrecida por el único hombre á quien había deseado y que pertenecía á otra. Ahora que se sentía con fuerza suficiente era preciso morir.

Flora se levantó y salió de aquel rincón de las rocas. No titubeó, pues su instinto acababa de indicarle el camino. Mirando de nuevo el cielo, supo que eran cerca de las nueve. Cuando llegó á la vía férrea pasó un tren á toda vapor por la vía descendente, lo cual pareció agrada-la; todo iría á pedir de boca; ya habían dejado libre esa vía, en tanto que la otra estaba sin duda obstruída aún, pues la circulación no parecía restablecida. Y se puso á seguir el seto vivo en medio del gran silencio de aquel país salvaje. No había prisa, no habría tren ninguno antes del exprés de París, el cual no llegaría hasta las nueve y veinticinco; continuaba siguiendo el seto á pasitos cortos, en la sombra espesa, muy

serena, como si fuese aquel uno de sus paseos acostumbrados por los senderos desiertos. Mas antes de llegar al túnel saltó el seto y continuó avanzando sobre la misma vía con paso perezoso, yendo al encuentro del exprés.

Tuvo que valerse de mañas para que no la viera el vigilante, cual le sucedía cuando iba á ver á Ozil en la otra punta del túnel. Y así que estuvo ya en él, siguió andando siempre hacia adelante. Pero no le sucedía lo que la semana anterior; ya no tenía miedo, al volverse, de perder la noción exacta de la dirección que seguía. El espanto del túnel no seguía ya en su cráneo; ese espanto en que se hunden las cosas, el tiempo y el espacio, en medio del estruendo de los ruidos y del aplastamiento de la boveda. ¡Qué la importaba! Flora no razonaba, ni siquiera pensaba; no tenía más que una resolución fija; andar, andar, mientras no encontrara el tren, y continuar andando derecha hacia el farol, en cuanto le viese centellear en las tinieblas.

Mas Flora se extrañó, pues le parecía estar andando desde hacía muchas horas. ¡Qué lejos estaba esa muerte tan deseada! El pensar que no la encontraría, que seguiría caminando leguas y leguas sin tropezar con ella, la desesperó un momento. Sus pies se cansaban; ¿acaso se vería obligada á sentarse, á esperarlo acostada sobre los rails? Mas aquello le parecía indigno, experimentaba la necesidad de andar hasta el final, de morir erguida y fuerte por un instinto de virgen y de guerrera. Por fin, sintió nueva energía

y caminó con más empuje, cuando vió, muy lejos, el farol del exprés, semejante á una estrella, centelleante y única en el fondo de un cielo de tinta. El tren no estaba aún bajo la bóveda, ningún ruido le anunciaba, no había más que aquel fuego tan vivo, tan alegre, que poco á poco iba creciendo. Erguida en su elevada estatura, flexible, balanceada sobre sus robustas piernas, avanzaba con paso largo, pero sin correr, como si se acercara una amiga, á la que quisiese ahorrar un trozo de camino. Mas ya el tren acababa de entrar en el túnel, el espantoso estruendo se acercaba, conmoviendo el suelo con un resoplido de tormenta, en tanto que la estrella se convertía en ojo enorme, cada vez mayor, saltando de la órbita de las tinieblas. Entonces, bajo el imperio de una sensación inexplicada, quizás para morir sola, Flora vació sus bolsillos, sin cesar su marcha de obstinación heroica, y puso varios objetos en el borde de la vía, un pañuelo, llaves, cordelillo y dos navajas, y hasta se quitó el pañizuelo que llevaba al cuello, dejando su corpiño desabrochado, medio arrancado. El ojo se hacía hoguera vomitando llamas, en tanto que el resoplido del monstruo se acercaba, húmedo y ya cálido, en aquel rodar de trueno, cada vez más ensordecedor. Flora seguía andando, dirigiéndose derecha á aquella hoguera para dar con la máquina, fascinada como un insecto nocturno, atraído por la llama. Y en el espantoso choque, en el abrazo postrero, se irguió aún, como si enardecida por

un último esfuerzo de luchadora, hubiese querido estrechar al coloso para derribarlo.

Su cabeza dió de lleno en el farol, apagándolo.

Más de una hora después vinieron á recoger el cadáver de Flora. El maquinista vió aquel cuerpo grande y pálido dirigirse hacia la máquina, cual espantosa y extraña aparición, bajo el chorro de claridad viva que le inundaba; y cuando, bruscamente, ya apagada la linterna, quedó el tren en una obscuridad profunda, rodando con su ruido de tormenta, se estremeció, sintiendo pasar la muerte. Al salir del túnel se esforzó en gritar el accidente al vigilante. Pero hasta Barentín no pudo contar que alguien se había hecho aplastar en el túnel, y era sin duda una mujer; en el cristal despedazado de la linterna quedaron pegados algunos pelos con salpicaduras del cráneo. Cuando los hombres enviados en busca del cuerpo le descubrieron, quedaron asombrados al verlo tan blanco como el mármol. Yacía sobre la vía ascendente, arrojado allí por la violencia del choque, con la cabeza hecha harina y los miembros sin un rasguño, medio desnudos, de una belleza admirable, puros y fuertes. Silenciosamente los hombres lo envolvieron. La habían reconocido. Sin duda se había suicidado, enloquecida, para escapar á la terrible responsabilidad que sobre ella pesaba.

Desde las doce de la noche el cadáver de Flora descansó en su casita, junto al de su madre. Pusieron un colchón en el suelo y colocaron

entre ambos cuerpos una vela encendida. Eufrasia, con la cabeza inclinada y la risa horrorosa de su boca torcida, parecía mirar á su hija con sus grandes ojos fijos; en tanto que en aquella soledad, en medio de aquel profundo silencio, oíase por todos lados el sordo trabajo, el esfuerzo jadeante de Misard, que de nuevo registraba la casa. Y en los intervalos reglamentarios, pasaban los trenes, cruzándose sobre las dos vías, pues la circulación había sido restablecida por completo. Pasaban inexorables, con su omnipotencia mecánica, indiferentes, ignorando aquellos dramas y aquellos crímenes. ¡Qué importaban los desconocidos anónimos, caídos en el camino, aplastados bajo las ruedas! Se llevaron los muertos, lavaron la sangre, y el tren continuó hacia adelante, hacia el porvenir.

XI

Severina hizo que subiesen á Santiago herido, sin conocimiento todavía, á la alcoba principal de la Croix-de-Maufras; habitación colgada toda de damasco rojo, cuyas dos altas ventanas daban sobre el camino de hierro, distante sólo algunos metros. El lecho, de forma antigua, estaba colocado de modo que pudieran verse cruzar los trenes.

A pesar del tiempo transcurrido desde la

muerte del presidente, nada había cambiado en aquella casa; ni un mueble se había quitado de su sitio.

Enrique Dauvergne fué instalado en un cuarto de dormir más pequeño, del piso bajo; mientras que Severina reservó para sí la alcoba más próxima á la de Santiago, separada solamente por un pasillo. En dos horas la instalación se hizo confortable, merced á que la casa se conservaba intacta, y había hasta ropa blanca en el fondo de los armarios. Con un delantal atado á la cintura por encima de su vestido, Severina se encontraba convertida en enfermera después de haber telegrafiado á Roubaud que no la esperase durante algunos días, pues se quedaba para cuidar á los heridos, recogidos en su casa.

Desde el día siguiente consideró el médico á Santiago fuera de peligro, y aun contaba con hacer que se levantara de la cama á los ocho días: un verdadero milagro, pues contra lo que todos suponían, apenas tenía daños internos de consideración. Pero era preciso guardar sumo cuidado y una inmovilidad absoluta. Cuando el enfermo abrió los ojos, Severina, que velaba á su lado como si fuera un niño, le suplicó que la obedeciese en todo. Santiago, muy débil todavía, se lo prometió haciendo un signo afirmativo con la cabeza. Estaba en su perfecto conocimiento, y reconoció aquel cuarto descrito por ella la noche de su confesión: aquella era la alcoba donde, á los dieciséis años y medio, había cedido Severina á las violencias del presidente Grandmorin. Reco-